

desde donde pasó á Bangkok, que llama Pancovia: allí permaneció 4 meses y se dirigió despues á las islas de la Sonda.

Llama á todo este archipiélago India Interior. Pasó mucho tiempo en Borneo y Java, cuyos habitantes dice que eran los mas inhumanos y crueles de todos, probándolo con diferentes ejemplos. Es tambien el primer viajero que habla de las preciosísimas aves del paraíso que en Borneo sirven de adorno de la cabeza, y tambien conoce el cuento vulgarizado todavía muchos siglos despues por los portugueses, segun el cual estas aves no tenían patas y no podían posarse de consiguiente. Solo que confunde la patria de estas aves, que dice ser Borneo ó Java la Mayor, como llama á esta isla, con las islas Molucas que son el límite occidental de la dispersion de estas aves, de las cuales el primer ejemplar completo llegó á Europa solo en el año 1760.

Despues de una navegacion de 14 dias llegó Conti con su familia, porque se habia casado, á las *islas de las especias*, donde crecen la nuez moscada y los clavos de especia.

Llama á las dos islas que visitó Sandai y Banda; pero el primer nombre hoy es completamente desconocido, y la isla que hoy se llama Banda no producía en tiempo de Conti clavos de especia, debiendo de consiguiente admitirse que confundió los mercados de estos productos con los países de donde procedían. De las citadas islas dirigióse á Champa, ciudad tan frecuentada y tantas veces mencionada, que dice ser plaza marítima. Desde allí volvió á la India Anterior, á Collam, y de allí á Cochi, Calcuta y Cambaya con intencion de regresar á su patria. Recaló en la isla de Socrota (Sochutera), donde abunda el aloe, en Aden, en Berbera (Barbora) en la costa africana. Permaneció luego algun tiempo en Abisinia y despues por el Mar Rojo, pasó á Dyedda y de allí al Cairo, donde perdió á su mujer, dos hijos y todos sus criados que murieron víctimas de la peste. Conti fué pues el primero y el único viajero de la Edad media que regresó de la India por el Mar Rojo, en lugar de pasar por el golfo Pérsico.

La relacion de Conti ha sido calificada durante largo tiempo de fábula, pero examinándola á fondo es forzoso confesar que una gran parte de sus datos es resultado de observaciones personales y que muchos puntos oscuros encuentran suficiente explicacion en lo defectuoso de los textos que se han conservado.

Las relaciones entre la Iglesia y los países del Oriente continuaron bajo el gobierno de los papas Calixto III (1447 á 1458) y Pio II (1458-1464). Embajadores de Etiopía vinieron á Roma, y de algunos de ellos habia obtenido ya Poggio datos sobre su país y la region de las fuentes del Nilo. Mensajeros pontificios y otros fueron enviados á Persia y á la India, con lo cual se aumentó cada dia mas en Europa el conocimiento de aquellos países. Al mismo tiempo se extendieron las relaciones mercantiles y se acrecentó el número de especuladores que se arriesgaron á penetrar en las regiones productoras de especias; de suerte que en el año 1474 podia ya comunicar Toscanelli á su amigo el canónigo Martinez en Lisboa, descripciones exactas de los citados países y de la misma China que habia adquirido de personas que estuvieron allí.

Lo que se sabia á mitad del siglo xv en Europa acerca del Africa Oriental se desprende, bien que toscamente agrupado, del Mapa-mundi que publicó fray Mauro en Venecia en el año 1459. En este mapa se encuentran ya los rios de la Abisinia, Abai y Tacazze, como tributarios del Nilo; y hasta el Dyub (Hebe) está bastante exactamente colocado; pero lo mas importante es que en la costa oriental del Africa, á pesar de faltar la isla de Madagascar, llegaban entonces las noticias mas allá de Macdichu (Mogodisco) y Zanzibar, que

en el mapa se llama Xengibar y Chancibar, quizás hasta la isla Mohilla (Mahal), una de las Comores, y hasta Sofala. Estos datos sobre aquellas costas africanas contribuyeron posteriormente á robustecer la esperanza de dar la vuelta á toda el Africa.

CAPITULO II

EL LADO OCCIDENTAL DEL MUNDO ANTIGUO

El príncipe Enrique el Navegante

Volviendo nuestra atencion á la parte occidental del Africa, veremos cómo progresó rápida y sistemáticamente el conocimiento de esta parte del mundo, por efecto de circunstancias favorables y especiales, despues que la Europa hubo alcanzado de nuevo, á mediados del siglo xiv, el grado de instruccion geográfica de la antigüedad clásica.

Entre las islas conocidas entonces en el lado occidental del Africa, solo se habian encontrado habitadas las Canarias. El pueblo que allí vivía era el de los guanches, raza robusta, rubia y de tez clara, cuyos descendientes han recordado todavía en estos últimos tiempos al viajero alemán Löhner el tipo sajón verdadero, como se encuentra en Vestfalia en Alemania; haciéndole suponer que eran de raza germánica y muy probablemente restos de los vándalos destruidos por Belisario, y de los visigodos vencidos por Tarik cerca de Jerez de la Frontera. Entre las pruebas históricas que este viajero presenta en apoyo de su opinion, figura la tradicion que mencionamos al principio de esta obra de la huida de un arzobispo y de varios obispos á ciertas islas del Océano, resultando que el nombre de guanches es una corrupcion del de vándalos. Además de estos datos refiere el mismo viajero otros sobre el carácter nacional, costumbres, ideas, establecimientos de viviendas y organizacion social, que ofrecen bastantes analogías con lo que sabemos sobre el género de vida de los antiguos germanos, y que dan á la opinion de Löhner un alto grado de verosimilitud. Es cierto que el idioma de los guanches contiene muchos elementos berberiscos, pero esto se explica fácilmente.

En el año 1384 hicieron algunos frailes españoles la primera tentativa de convertir al cristianismo á los habitantes de la Gran Canaria; pero encontraron una resistencia violenta, y en 1391 pagaron todos con su vida su celo religioso. Con mas acierto procedió en el año 1402 Juan de Bethencourt, natural de la Rochela en Francia. Este salió del citado puerto para las islas Canarias, desembarcó en Lanzarote con unos 50 hombres y construyó un castillo pequeño, donde tuvieron gran trabajo para sostenerse á causa de su reducido número, por cuya razon solicitó Bethencourt el auxilio de España que le fué concedido en cambio de reconocerse feudatario de Castilla. Desde entonces empezó una lucha no interrumpida contra los caciques de las islas y su gente. Los de Lanzarote, Fuerteventura y Hierro fueron los primeros que se rindieron y admitieron la religion cristiana. Las demás islas fueron sujetadas solo hácia fines del siglo; la Gran Canaria en 1483 despues de una lucha que duró 13 años; la isla de Palma se sometió en 1491 y Tenerife en 1496. De esta manera entraron las Canarias á formar parte de los dominios españoles y quedaron perdidas para los portugueses, que poco tiempo despues de la llegada de Bethencourt empezaron su brillante período de empresas marítimas y de descubrimientos bajo la direccion del príncipe Enrique, el cual estableció su residencia al Sudoeste de Portugal junto al cabo de San Vicente, donde organizó las expediciones destinadas á rasgar el velo que hasta entonces habia ocultado á las naciones europeas la costa occidental del Africa. En aquel cabo que es tambien

el extremo Sudoeste del continente europeo se ha levantado en nuestro siglo un monumento de mármol á la entrada principal de la pequeña fortaleza de Sagres. Este monumento presenta el escudo de armas de Portugal con un buque de velas desplegadas á la izquierda, y una esfera armilar á la derecha, y debajo la inscripcion siguiente: «*Aeternum sacrum*. Desde este punto el gran príncipe Enrique, hijo de D. Juan I de Portugal, emprendió la exploracion de las regiones del Africa occidental, hasta entonces desconocidas, y abrió con la circunnavegacion del Africa un camino hasta las lejanas tierras del Oriente. Allí construyó á sus propias expensas su régio palacio, la célebre escuela de cosmografía, el observatorio astronómico y el arsenal marítimo que conservó, fomentó y engrandeció con admirable energia y perseverancia hasta el fin de su vida para sumo beneficio del reino, de la ciencia, de la religion y de toda la humanidad. Cuando sus expediciones llegaban á los ocho grados de latitud Norte, y habian descubierto y poblado muchas islas en el Océano con colonias portuguesas, murió este gran príncipe el 13 de noviembre de 1460.»

Este infante D. Enrique que posteriormente fué llamado el Navegante, era el quinto hijo del rey D. Juan y habia nacido el 4 de marzo, miércoles de ceniza, en el año 1394. En 1415 ganó las espuelas de caballero en una accion contra los moros delante de Ceuta, habiéndose distinguido tanto y mostrado tan gran valor personal, que el papa, el emperador alemán Segismundo y el rey de Inglaterra le hicieron proposiciones para confiarle la direccion de sus ejércitos. El papa Martin V deseaba enviarle contra los turcos, lo mismo que el emperador, que hizo sus proposiciones en el concilio de Constanza al embajador portugués para que las presentara al valiente príncipe.

Todas estas invitaciones no surtieron efecto, porque conquistada Ceuta, el infante habia dirigido su atencion al Africa, proponiéndose llegar hasta la Guinea, llamada *Guanaja* ó *Ganaja* y conocida solo por relaciones vagas, porque ningun europeo habia visto hasta entonces aquellas tierras. Sin embargo, habla de sus riquezas el mapa catalán del año 1375; porque representa cerca de Tembuch (Tombuctu) en el país de GINVIA un rey negro en su trono con cetro y globo y al lado esta inscripcion:

Aquest Senyor Negre es appellat Mussemelly, senyor de les negres de Gineua; aquest rey es lo pus rich y pus noble senyor de tota esta partida per l'abundancia de l'or qual se recull en sua terra.

Los territorios mas allá del cabo Boyador no habian sido visitados por nadie hasta entonces, aunque podria ser que hubiese sido llevado por las corrientes ó la tempestad el navegante árabe Ibn-Fatima hasta el cabo Blanco que llama en su relacion *cabo brillante*. Para el Portugal era evidente la ventaja si podia lograrla, de ser entre todas las potencias europeas la única que tratara con los pueblos de la Guinea á cuyas costas á nadie habia ocurrido ir.

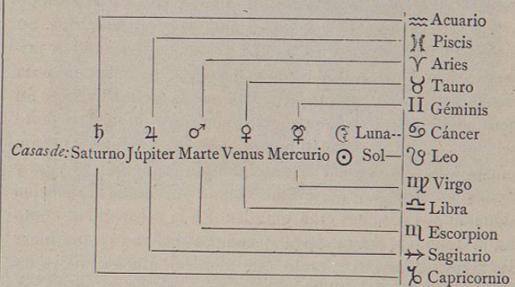
No era este sin embargo el único objeto del príncipe, porque al proyectar sus expediciones quiso descubrir tambien hasta dónde llegaba el poder de los moros, los enemigos mortales de su nacion; atendido que en todos los conflictos con los moros se habia observado siempre que luchaban solos, sin que otro soberano alguno del interior del Africa acudiera á su auxilio. Esto hizo pensar al infante que al Sur de las tierras de los moros habia quizás pueblos cristianos, vecinos del Preste Juan, pues que este último figuraba ya en el mapa catalán como emperador de Etiopia, en cuyo caso queria ver el infante si podia asegurarse el auxilio de estos soberanos para mayor gloria de la fe cristiana, y atacar así á los moros simultáneamente por el Norte y el Mediodía. Por otra parte

anhelaba tambien este príncipe llevar él mismo la luz del cristianismo á regiones desconocidas; y á todo esto agregóse finalmente una razon poderosísima de cuya verdad en aquella época nadie dudaba, y que era su horóscopo astrológico, el cual declaraba terminantemente al infante destinado á hacer grandes descubrimientos. Este horóscopo segun Azurara (1) decia así: «Siendo su ascendente (la casa ó constelacion que aparece en el horizonte al nacer una persona) Aries, que es la casa de Marte, en que el sol se encuentra en su exaltacion (es decir, que ejerce su mayor influencia); y como el dueño (Marte), se halla en la oncena casa (de consiguiente en la proximidad del sol) y en el Acuario, que es la casa de Saturno, significa esto que habia nacido para hacer grandes conquistas, y especialmente á indagar cosas ocultas para otra gente, porque Saturno es el guardador de los secretos. Y hallándose su estrella acompañada del sol, y este se halla en la casa de Júpiter, quiere decir esto que todos sus hechos y conquistas serán completamente leales y se realizarán á entera satisfaccion de su rey y señor (2).»

(1) Véase *Azurara, Chron*, cap. VIII, p. 48 y 49.

(2) Véanse los pormenores explicativos de este horóscopo. Los astrólogos daban el nombre de *casa* á un doble ángulo esférico en el zodiaco en la bóveda celeste, que comprendía un signo, de suerte que todo el zodiaco estaba dividido en tantas casas como signos; y en estas casas estaban distribuidos tambien los siete planetas, entre los cuales se contaban asimismo entonces el sol y la luna, de tal modo que á cada uno de los verdaderos planetas correspondian dos casas, y una sola al sol y á la luna. La disposicion de las casas planetarias en el citado horóscopo era la siguiente:

CUADRO 1.º



Segun el cuadro que precede reinaba el sol en la casa de Leo; la luna en la de Cáncer; Mercurio en la de Géminis y en la de Virgo; Venus en la de Tauro y de Libra; Marte en la de Aries y de Escorpion; Júpiter en la de Piscis y de Sagitario, y Saturno en la de Acuario y Capricornio.

La exaltacion se hallaba dispuesta del modo siguiente:

CUADRO 2.º

Signos del Zodiaco	Amos de casa de dia:	de noche:	Exaltacion (ó influencia máxima)
♈	♂	—	♁
♉	—	♀	♃
♊	♃	—	♌
♋	♁	—	—
♌	—	♃	♍
♍	♀	—	♎
♎	—	♁	—
♏	♁	—	♌
♐	—	♎	♈
♑	♎	—	—
♒	—	♁	♏

Fundado en tan grande oráculo, estableció con el benévolo del rey en el citado promontorio de Sagres en el Algarbe, de cuya provincia era gobernador vitalicio, su palacio, el primer observatorio astronómico en Portugal, el arsenal marítimo y la escuela de cosmografía, procuró atraerse todas las personas científicas de su país, mientras se abrigan sus escuadras en el próximo puerto de Lagos. El cabo de Sagres viene a ser una peña llana, de cerca de 70 metros de altura, que penetra en el mar mas de un kilómetro formando en lugar de punta un extremo ancho a manera de maza. La superficie de este promontorio, casi desprovista de vegetación y rociada por la espuma de las olas cuando encrespadas se rompen contra la peña, era como hecha expresamente para hacer olvidar la tierra firme y dirigir exclusivamente la atención de todos sus habitantes al vasto Océano. Era el mejor punto de partida para disponer y dirigir empresas náuticas y rasgar el velo que cubría los secretos de Saturno. El terrible terremoto que destruyó a Lisboa en el año 1755, derribó también en Sagres los edificios que entonces existían de tiempo del príncipe Enrique; pero todavía pueden fijarse la situación probable y los perímetros de los edificios más importantes. Es el punto más angosto de la pequeña península, defendida hoy por fortificaciones, estaba la iglesia, y al Mediodía se ha construido el polvorín de la ciudadela sobre los cimientos circulares del antiguo observatorio. El puerto estaba al lado del Nordeste. El nombre de la población era Villa del Infante, fundada por el hombre destinado a abrir una nueva época a la ciencia geográfica y un importante camino al través del inmenso Océano.

Sus contemporáneos han conservado a la posteridad su carácter y retrato, describiéndole como hombre alto, fornido y robusto, de expresión grave, tranquila y de voz firme. Su aspecto tenía algo que espantaba a los que le veían por primera vez, y cuando se enfadaba, lo que sucedía con poca frecuencia, adquirían sus facciones una expresión salvaje. Su comportamiento y lenguaje eran honestos, su traje y porte sencillos como sus costumbres, porque tenía un corazón puro. Como un asceta absteniase rigurosamente del vino y de las mujeres. La perseverancia y la fuerza con que sabía dominar sus pasiones eran grandes. En la prosperidad como en la desgracia era modesto y siempre inclinado a perdonar las faltas de los otros, tanto que mereció muchas veces las críticas de los que lo observaron; pero en las empresas importantes mostró la decisión más grande y la perseverancia más tenaz.

Grande era su afición a educar jóvenes para sus planes, siendo esto causa de que su corte fuera una escuela para la juventud noble. Hospitalario para nacionales y extranjeros, reunió en su corte talentos de todas las naciones y ninguno

El *Speculum astrologicum* ó cuadro astrológico en la hora del nacimiento del príncipe Enrique era de consiguiente:

CUADRO 3.º

Serie de casas.	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII
Zodiaco	♈	♉	♊	♋	♌	♍	♎	♏	♐	♑	♒	♓
Ascendente.											♈	
Exaltación.												♏

Marte se hallaba pues en Acuario, y este signo es la casa de Saturno (Cuadro 1.º), y también la casa *oncina*, hallándose en la casa siguiente ó duodécima el sol en exaltación. (Cuadro 2.º, línea 1.ª)

Estos son los elementos del horóscopo tan sencillo del príncipe, y al cual tan grande importancia se dió.

se separó de este príncipe sin haber recibido pruebas de su carácter elevado. Dominándose a sí mismo y sometiéndose a una vida rígida, fué un modelo para todos cuantos le rodeaban. Dedicaba todos los días a sus incesantes tareas y a veces también innumerables noches. Los recursos con que sufragó sus repetidas expediciones le vinieron de la orden de Cristo, orden muy rica que tenía por objeto la conversión de los gentiles, y cuyo gran maestre era el mismo infante. Por este medio hizo explorar las tierras de los infieles, y reunió noticias del Sudán y de las caravanas que traficaban entre Marruecos, el Senegal y Tombuctú; después de lo cual envió sus buques a descubrir el Senegal, gran río llamado por los indígenas Ovedech, y por los portugueses Sanaya, por el pueblo ribereño de este nombre que algunos llaman también azanaguen.

La dificultad era que la navegación se hallaba entonces en Portugal todavía en mantillas; porque apenas hacia un siglo que los venecianos, en sus viajes a Inglaterra y a los Países Bajos, habían elegido el puerto de Lisboa como estación de descanso a mitad de su camino entre Italia y los puertos del Norte, despertando con esto en los portugueses el deseo de arriesgarse también al mar. Sin embargo en tiempo del infante Enrique, al cual la posteridad dió el sobrenombre de Navegante, no se atrevían todavía los portugueses a perder de vista las costas. Era conocida la virtud é importancia de la aguja magnética y hasta se usaban ya brújulas, pero su uso era excepcional, porque el instrumento era todavía imperfecto y no inspiraba confianza a tímidos marinos.

El gran historiador de los portugueses Juan de Barros describió la manera de navegar de sus compatriotas en los términos siguientes: «El infante había enviado ya diferentes veces buques para descubrir tierras, pero no pasaron del cabo Boyador que está a cosa de 60 millas marítimas más allá del cabo de Naõ. No se atrevían a pasar este promontorio, ya porque penetraba unas 40 millas en el mar en dirección Oeste; ya porque decían que desde este promontorio se extendía en el mar un arrecife de más de seis leguas, contra el cual se rompían las olas con tanta violencia que les aterrizzaba (1). Como hasta entonces se habían servido en sus viajes a Levante únicamente de la costa como guía en lugar de la aguja de marear, no sabían todavía arriesgarse a la alta mar lo suficiente para evitar el arrecife. Por esta razón se contentaban los capitanes con tomar tierra en sus viajes de regreso en diferentes puntos de la costa para pelear con los moros y referir sus victorias al infante para darle gusto; pero con esto no lograba el infante el objeto que se proponía.»

Las dificultades materiales ó técnicas no eran sin embargo las únicas que obligaron a las expediciones a retroceder, porque pronto conoceremos otras; pero antes de discutir las nos parece conveniente describir a grandes rasgos la costa occidental del África que los marinos seguían tan tímidamente hacia el Sur.

Sabida es la pobreza de todo el continente africano en contornos accidentados, ya sean promontorios ya bahías; pero la parte de su contorno más monótona se encuentra en la costa Noroeste desde el estrecho de Gibraltar hasta el cabo Verde. En toda esta extensión de 700 a 800 kilómetros no desemboca ningún río que ofrezca fondeadero a ningún buque, exceptuando el Senegal a 150 kilómetros al Norte del cabo Verde. El aspecto de la costa es casi siempre el mismo; siempre llano, por lo general, guarnecido de dunas, formando en una mitad el extremo del desierto de Sahara, y haciéndose

(1) Esta rompiente no es en efecto más que un banco de arena llano, rodeado de un arrecife y de una longitud de 7 ú 8 kilómetros que solo puede espantar a marinos costaneros inexpertos.

mas tétrico a medida que se progresa hacia el Sur. A esto se agregaba la atmósfera turbia que pesa sobre el mar hasta 40 ó 50 millas de la costa, y la poca profundidad del agua en todo aquel trecho. Esta atmósfera espesa se ha atribuido hasta hoy al polvo y a la arena procedentes del desierto, que dejando caer sus partículas más pesadas levantan el fondo del mar y lo llenan de bajos, mientras las partículas más ligeras se sostienen en el aire hasta algunos centenares de millas dentro del Océano. Estos bajos y la dificultad de distinguir la costa al través de una atmósfera tan espesa eran bastantes para tener en continua zozobra a los tímidos marinos del tiempo del infante D. Enrique. A estas causas se agregaba la formación de innumerables vesículas de vapores condensados por el choque del aire cálido del desierto con la atmósfera del Océano, y que sin formar verdaderas nieblas, ni mucho menos masas de nubes, hacen la atmósfera pesada y bastante opaca para angustiar al viajero.

Otra causa pretende haber descubierto Teobaldo Fischer en sus «Estudios sobre el clima de los países mediterráneos» (Gotha 1879), diciendo que es muy probable que las nieblas tan frecuentes desde la Galicia hasta Marruecos se deban a una corriente fría y submarina que rebota contra las costas occidentales de la península ibérica y del África. En Agadir vió Gerardo Rohlfs que raras veces logró el sol disipar la niebla antes de medio día, y de los habitantes supo que estas nieblas espesas duraban hasta medio día en el mismo corazón del verano. Esto basta para explicar el terror de los marinos cuando tenían que navegar entre la bruma por una mar de la cual los mismos geógrafos de la Edad media contaban tantos misterios siniestros. No hay que decir que estas brumas son más frecuentes y más espesas todavía en invierno que en verano, yendo entonces por lo general acompañadas de un viento nordeste seco y frío y oscureciendo al sol tanto que aun hoy han de dar fondo los buques que se hallan cerca de la costa hasta que el tiempo se aclara.

El Océano era, pues, para la naciente marina portuguesa realmente un enemigo más terco y tenaz que los ejércitos moros, y para muchos probablemente hasta un enemigo invencible, menos para el infante don Enrique que atacó este obstáculo con un teson y una perseverancia que parecieron a sus marinos no solamente muy graves sino hasta temerarios, cuando no efecto de demencia pura. Veinte años luchó sin obtener el resultado que buscaba, y también sin hacer caso del descontento de sus subordinados, y más de una vez debió de oír entre su gente el adagio: «El que pasa el cabo de Nao, no sabe si regresa.»

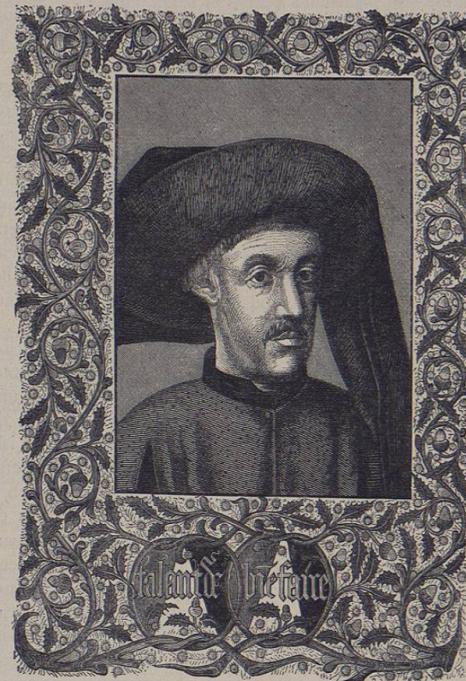
«Tan grande, dice Barros, era el temor que inspiraba esta empresa, que costó al infante gran trabajo encontrar gente que quisiese entrar a su servicio, porque el pueblo se quejaba a voces de que quitaba habitantes al suelo patrio para hacerlos perecer en los mares ó en países lejanos y desiertos.»

Estos países lejanos y desiertos eran en la mente del pueblo nada menos que toda la zona tórrida, porque todo el conocimiento de la superficie de la tierra que poseía la Edad media se componía de los restos de la ciencia de los antiguos griegos y romanos, que se habían conservado al través de la invasión de los bárbaros; y habían pasado más de mil años desde el último gran geógrafo de Alejandría (1) hasta el infante Enrique sin que la geografía física hubiese adelantado un

(1) Tolomeo nacido en la Tebaida (en Ptolemais), vivió en Alejandría por el año 130 en los reinados de los emperadores Adriano y Antonino. A los árabes se debe la conservación de su gran obra astronómica el *Almagesto*, su Geografía en 8 libros y otras obras no menos notables.

solo paso. La ciega sumisión a las autoridades, tan característica de los países invadidos por los bárbaros durante toda la Edad media, y aun hoy en muchas partes, existía tanto en la sociedad política como en las ciencias en cuanto estas merecían este nombre, y este era otro obstáculo que ataba las manos al infante portugués.

Los antiguos nada sabían del límite meridional del gran desierto africano, del cual apenas conocían los oasis más septentrionales; pero la soledad y falta de vegetación que se aumentaban a medida que se penetraba más al Sur eran



El infante Enrique el Navegante, retrato sacado de una miniatura que se encuentra en la obra manuscrita: *Chronica do descobrimento e conquista de Guiné etc.*, escrita en los años 1448 hasta 1453, y que se encuentra en la Biblioteca nacional de París

razones bastantes para los filósofos griegos, tan dispuestos a sacar deducciones generales de hechos particulares, para deducir también que toda la zona tórrida era necesariamente inhabitable. Si se tiene presente que la autoridad de Aristóteles casi igualaba a la de la Sagrada Escritura en la Edad media feudal, no sorprenderá que en el siglo XIV se creyera, como se creía firmemente, todo cuanto había dejado escrito el sabio de Estagira, lo que habían confirmado Tolomeo, el último maestro de la ciencia geográfica, y los sabios árabes, conservadores de las obras de Aristóteles, y lo que el mismo Alberto Magno a pesar de sus estudios vastos en todos los ramos, no se había atrevido a contradecir todavía en el siglo XIII, si bien dijo que quizás en las costas é islas de la zona tórrida, la vida orgánica podría arrastrar una existencia mísera y lánguida.

A semejantes desiertos letales, donde la tierra, el agua y el aire eran enemigos de la vida, donde los rayos verticales del sol espesaban el mar hasta la consistencia de limo y la atmósfera ardiente no daba paso a la luz, según se creía en aquel tiempo, trataba el infante de enviar sus expediciones.

¿Qué milagro, pues, que muchos creyeran un deber de humanidad oponerse á semejantes caprichos de príncipe, é impedir tan injustificables sacrificios humanos?

A despecho de todos estos obstáculos permaneció firme el infante en su propósito, y fiel á su hermoso lema: *Talent de bien faire*. Hablaremos ahora de las expediciones mas importantes que organizó en los veinte años primeros: En 1416 envió á Gonzalo Velho á pasar mas allá de las Canarias. En 1419 arrojó una tempestad á Juan Gonçalves Zarca y á Tristan Vaz Teixeira á Porto Santo, isla del grupo de Madera, á cuya última isla volvieron los dos al año siguiente con el piloto Juan de Morales; y en 1431 descubrió Gonzalo Velho Cabral las primeras islas del grupo de las Azores.

Entre los directores de las expediciones vemos que figuraban pajes de cámara y coperos del príncipe que harto debían estar enterados de los elevados planes é intenciones de su amo; pero su talento no alcanzó mas léjos que á pelear con moros y negros y robar gente para llevarla á su señor, tanto que se ha conservado el número que personas de cada expedición capturó; pero de resultados náuticos y en general científicos apenas hablan las relaciones de estas expediciones. Los portugueses de entonces eran demasiado caballerosos y guerreros para poder transformarse en un momento en marineros y mucho menos en héroes de mar.

Como muestra de lo dicho, citaremos aquí la expedición de la escuadra de 14 buques del caballero de Lanzarote, que despues de haber sido dispersados los buques por una tempestad, y de haberse vuelto á reunir junto á una isla de la costa, tuvo la idea de capturar á los moros que en la isla vivían, pero que habían sido bastante astutos para salvarse durante la noche en tierra firme desde donde escarnecían á los portugueses burlados. Dos jóvenes nobles, irritados de estas mofas, saltaron al agua y nadaron hasta la costa para castigar á los moros; mas estos corrieron hácia ellos con grandes alaridos, de modo que para salvar á los dos jóvenes temerarios, se pusieron en movimiento todas las tripulaciones. Los que sabían nadar saltaron al agua, y en la costa entablóse una pelea que acabó con la derrota de los moros, los cuales dejaron en el campo muchos muertos y 57 prisioneros que fueron embarcados. En la noche del mismo día los portugueses, no contentos con su victoria, atacaron una aldea situada á siete leguas tierra adentro, y á donde al decir de los prisioneros habían huido los moros de la mañana; pero encontraron la aldea abandonada, porque los fugitivos habían avisado á los habitantes para que se retirasen con sus rebaños de la costa. Sin embargo al regresar por la mañana siguiente los expedicionarios á los buques, cogieron todavía cinco moros extraviados. Estos actos de rapiña no impidieron que los perpetradores grabasen en memoria de sus heroicidades, el lema de su señor: *Talent de bien faire* en la corteza de los árboles en que pudieron hacerlos.

Verdad es que estos actos brutales, y en cierto modo pueriles, no fueron siempre cometidos por las escuadras enviadas directamente por el príncipe, sino mas bien por empresas de particulares á los cuales permitió el infante ir en busca de aventuras y de descubrimientos á cambio de una participación en la ganancia; pero siempre era él el centro, móvil y director supremo de todas estas expediciones, verdaderamente piráticas, y aun animó y excitó á los hombres arrojados á hacerlas.

En ninguna parte consta, como algunos han querido dar á entender, que el infante don Enrique hubiese tenido desde un principio el propósito de encontrar un nuevo camino para llegar á las Indias. Este proyecto, el fruto mas bello de

todos sus trabajos, nació y se desarrolló paulatinamente y no maduró hasta despues de su muerte.

El primer progreso notable que produjeron estas expediciones á la costa africana se realizó en el año 1434. Gil Eannes, paje del infante, había robado personas en una expedición, contra la órden expresa de su amo, y queriendo recobrar su favor, arriesgó su vida para doblar el cabo Boyador que despues de 12 años de tentativas constantes, continuaba siendo el límite de todas las expediciones. Su empresa salió sin el menor contratiempo, y no faltó mas para excitar la imitación. Su sucesor Alfonso Gonzalez Baldaya llegó hasta el rio de Oro, es decir, á la línea del trópico de Cáncer ó sea el límite septentrional de la zona tórrida.

En la playa encontraron sus marinos redes de pescar, señal evidente de que contra todo lo que se había creído, existían allí todavía seres humanos. Con esto recibió un golpe serio la antigua teoría de la inhabitabilidad de la zona tórrida. No por eso quedó enteramente vencida esta teoría, pues que no se había penetrado todavía en el territorio que se creía letal; pero apartado ya el terror que inspiraba el cabo Boyador, quedó abierta la puerta de la zona temida y desde entonces no faltaron navegantes que en serie no interrumpida se adelantaron hácia el Mediodía.

En 1441 llegó Nuño Tristan al cabo Blanco, y dos años despues á la bahía de Arguim. Por desgracia había dado órden el príncipe de matar ó prender á la poblacion que se encontrara en la bahía y en las islas pequeñas mas próximas, antes de continuar los descubrimientos. Pronto se convenció de que con tal órden había cometido una falta muy grave, y tuvo el buen sentido de subsanarla antes de que fuera demasiado tarde; porque los habitantes de aquel extremo del desierto podían ser utilísimos á los portugueses si se establecían relaciones pacíficas con ellos, aunque no fuese sino por las noticias que podían darles sobre el interior del Africa. Para establecer estas buenas relaciones fué destinada la isla de Arguim como centro de operaciones y relaciones mercantiles, á cuyo objeto se construyó allí un castillo y se fundó la primera colonia portuguesa permanente en Africa, estableciéndose muy pronto un activo cambio de géneros entre la colonia y los azanagas; tan pronto que, á los pocos años, pudo ya enviar una sociedad mercantil de Lagos, el puerto de la Villa del Infante, una flotilla de seis buques. Poco á poco los géneros mas buscados por los indígenas fueron los tejidos de toda clase, y en especial pañuelos de color y mantas de lana, sillas de montar y estribos, barreños, miel, plata, especias, coral rojo y trigo que pagaban con esclavos negros de Guinea, oro de Tombuctu, pieles de búfalo, goma arábiga, martas zibelinas, huevos de avestruz, camellos, vacas y cabras. Tan ventajosos eran los resultados, que el infante don Enrique pudo arrendar el comercio de Arguim á una sociedad mercantil. Semejantes ventajas cerraron forzosamente la boca á los que habían criticado las expediciones organizadas por el infante, y en cambio creció tanto el interés por estas empresas, que fué menester enfrenar el entusiasmo excesivo de los portugueses, tan fácil de excitar. Se tomaron disposiciones legislativas para limitar las expediciones de robo y aventuras, sin perjuicio de fomentar activamente la formación de una gran marina de comercio aunque se llegó con esto hasta monopolizar en favor del rey el comercio con el Africa.

El segundo progreso grande se realizó en el año 1445 y se debió al arrojado marino Dionis Dias, ascendiente de Bartolomé Diaz, que 26 años despues de la muerte del infante Enrique dobló el Cabo de Buena Esperanza. Este Dionis Dias se había distinguido ya en el servicio del rey don Juan I que reinó hasta el año 1433. El infante le confió una

pequeña carabela y Dias prometió seguir exactamente las órdenes de su señor, de penetrar al Sur mas que todos sus antecesores, sin meterse á traficar con los habitantes de las costas, y llegar á la tierra de los moros negros, segun se decía entonces. Pasó, pues, por delante de la embocadura del Senegal que separa la raza negra de la blanca y llegó hasta el cabo Verde, donde su buque excitó la mayor admiración entre los habitantes negros que disputaban sobre si aquel monstruo era pez, ave ó fantasma. Cuatro de los mas arrojados tripularon una canoa para examinar la aparición mas de cerca; pero cuando vieron que había hombres á bordo, huuyeron con tanta prisa que los portugueses no pudieron alcanzarlos.

El resultado de la expedición fué importante. Por un lado se había llegado á la verdadera tierra de los negros, y por otro había visto Dias abrirse junto al cabo Verde una region tropical con una vegetación exuberante que derribaba todas las teorías dominantes entonces sobre la esterilidad de la zona tórrida que allí á los 15 grados de latitud Norte despliega bajo la influencia de las lluvias tropicales una flora que ofrecía abundantísimo alimento á animales tan grandes como innumerables y á razas humanas hasta bellas.

Estos hechos dejaron anuladas irremisiblemente las doctrinas de Aristóteles y de Tolomeo acerca de la inhabitabilidad de la zona tórrida. Esta teoría antigua, que había prevalecido tantos siglos, se estrelló contra el cabo Verde, cabiendo este honor al príncipe Enrique, cuyo lema *Talent de bien faire* celebró allí su mayor victoria, porque desde entonces se abrió para la ciencia geográfica un horizonte enteramente nuevo, y el mundo europeo aprendió á fiarse mas de las observaciones directas que de la autoridad de los filósofos griegos.

Pocos nombres geográficos son tan acertados como el del cabo Verde, que casi se impuso por sí mismo al descubridor; porque en oposición á las dunas blancas del cabo Blanco del Norte de Arguim en el borde del Sahara, elevase el cabo Verde coronado de palmeras á una buena distancia dentro del Océano. En su loma, á la sombra de sus palmeras, encontró su tumba la geografía de la Edad media.

Pocos años despues de este descubrimiento visitó este cabo un noble é inteligente veneciano, Luis de Mosto. Este hombre se halló á bordo de una flota veneciana que se dirigía á Flandes y hubo de entrar en el fondeadero del cabo de San Vicente á causa de vientos contrarios. Al saberlo el infante don Enrique envió al jefe de la expedición su secretario Antonio Gonçalves con el cónsul veneciano Patricio de Conti con muestras de caña dulce aclimatada recientemente en la isla de la Madera, y otras de sangre de drago y otros productos africanos para excitar á los venecianos á hacer una expedición al Senegal. Mosto se interesó vivamente por esta empresa al oír tales relaciones y se informó de las condiciones de la expedición. Se le dijo que el empresario que la costease había de dar al infante una cuarta parte del beneficio despues de realizada la empresa; y si el infante costeaba el buque y demás, se le había de dar la mitad de los beneficios. Sobre esto tuvo Mosto una entrevista con el infante y quedaron acordes. La flota veneciana siguió su viaje á Flandes y Mosto se quedó.

El infante Enrique puso á su disposición una carabela de 90 toneladas á las órdenes de Vicente Dias y con ella llegaron hasta el rio Gambia. De este viaje publicó el veneciano despues una relación minuciosa, de la cual sacaremos aquí solo la descripción del cabo Verde, tomándola de una traducción alemana publicada en el año 1534: «El cabo Verde trae su nombre de los árboles verdes que allí crecen y que conservan su color casi todo el año. Lo descubrieron los

portugueses un año antes de mi llegada, y le dieron este nombre por la razón indicada, conforme llamaron el cabo Blanco así por el color de la arena que lo forma; pero el cabo Verde es elevado y halaga la vista. Está entre dos montañas y penetra en el mar con muchas chozas y viviendas de negros. Hay que notar que al otro lado del cabo Verde forma la costa una bahía con playas llanas y cubiertas como toda la costa de multitud de bellísimos y grandísimos árboles verdes, porque allí no caen las hojas viejas hasta que salen las nuevas. Desde léjos parecen estar á orillas del agua, pero en realidad están distantes un tiro de ballesta. Es una costa bellísima. He viajado hácia Levante y Poniente y he visto muchos países, pero ninguno mas hermoso que este, bañado por muchos rios grandes y pequeños.»

En la traducción alemana hecha por un ciudadano tranquilo y calmoso de Estrasburgo del siglo XVI pierde naturalmente muchísimo la descripción del original, que da una imagen mas viva de la belleza de aquel país.

Alejandro de Humboldt, en sus estudios críticos sobre el desarrollo histórico de los conocimientos geográficos del Nuevo Mundo, señala muchos pasajes del Diario del primer viaje de Colon, en los cuales el descubridor de América describe con elocuentes palabras los encantos de la naturaleza en las playas de Cuba. Luis de Mosto sintió de la misma manera y pintó con los mismos colores treinta años antes la hermosura de un país tropical, y sus palabras realzan á nuestros ojos la importancia del descubrimiento de cabo Verde.

Esta descripción de una naturaleza tan distinta de la europea debió interesar vivamente al infante aunque no fuese nueva para él; porque hacia tiempo que reunía en su palacio de Sagres cuantos datos podía alcanzar sobre los países del de Africa central y meridional. Había recibido poco antes de Italia un manuscrito de Marco Polo y un mapa del Africa que marcaba el extremo Sur de este continente tal como hoy conocemos el cabo de Buena Esperanza; y por sus agentes en Túnez sabía que las grandes caravanas atravesaban el desierto de Sahara en cinco ó seis semanas, volviendo con oro y esclavos negros, y quizás sabía tambien que un italiano había llegado hasta Tombuctu.

Con estos datos se imponía por sí sola la consecuencia de que prosiguiendo las expediciones marítimas hácia el Sur, se llegaría por fin á aquellos países.

Activo, previsor y circunspecto como era el infante Enrique, no quiso exponer ciegamente á su gente á desgracias imprevistas, y en su consecuencia organizó desde Arguim un sistema completo de exploración, utilizando el tráfico con las tribus moras del desierto para formar una idea clara del camino de las caravanas de Tombuctu, de los oasis por donde pasaban y del país del Sudan. Muestra de la energía con que siguió sus planes sobre Guinea fué la misión que confió á Juan Fernandez, el cual se dejó exponer sin armas en las arenas del desierto de Sahara para vivir entre los moros, aprender su idioma y adquirir noticias exactas sobre los territorios de los negros y especialmente sobre el reino de Melli. Siete meses permaneció Fernandez entre las tribus salvajes del interior y al cabo de este tiempo fué recogido otra vez á bordo del buque de Antonio Gonçalves, que lo llevó á Sagres con gran satisfacción del infante de verle tan bueno. Fernandez le refirió sus aventuras diciendo que los

